

Solemnidad de Jesucristo el Rey del Universo B2021

En lugar de darles una homilía clásica como hago a menudo, quiero embarcarlos en un viaje espiritual con el objetivo de reencontrar nuestros orígenes como hijos amados de Dios, salvados por la sangre de Jesucristo en la cruz y llamados a compartir en el banquete celestial al final de nuestro peregrinaje en la tierra. Hoy es el primer paso de este viaje que durará todas las semanas de Adviento y Navidad.

Este viaje espiritual es un deseo de nuestra Arquidiócesis. Frente a la creciente secularización de nuestra sociedad, la pérdida de la cosmovisión cristiana fundamental que ha apoyado a nuestra sociedad hasta ahora y sus consecuencias en la vida y la moral de muchas personas de nuestro tiempo, necesitamos volver a adquirir una cosmovisión bíblica.

Es por eso que en estos días nuestra Arquidiócesis está comprometida en un proceso de discernimiento de la voluntad de Dios con el propósito de mover nuestro apostolado del mantenimiento a la misión, de una pastoral de sacramentalización a una pastoral de evangelización, de una fe basada puramente en los sacramentos. a una fe basada en el testimonio de vida.

¿Es esto una condena de lo que se ha hecho hasta ahora? No; es el reconocimiento de que nuestra sociedad, habiendo cambiado tanto en su estructura, la fe basada en los sacramentos no es suficiente para transformar nuestro mundo. El ministerio pastoral de la sacramentalización, en efecto, nutre a las personas que todavía tienen fe. Cristo está presente en los sacramentos: en el bautismo, en la Eucaristía, etc. El ministerio pastoral sacramental es bueno para los que tienen esa fe y aún vienen a la Iglesia para encontrarse con Cristo presente en los sacramentos.

Pero, ¿cómo podemos acercarnos a todos los demás que no tienen fe? Esas personas ciertamente necesitan ser evangelizadas. La pastoral de la evangelización, entonces, es llevar el evangelio a tantos que no conocen a Jesús o han abandonado la Iglesia. El problema, sin embargo, es que no podemos evangelizar sin conversión personal. De hecho, para transformar a las personas en discípulos de Cristo, para ganarlas para Cristo, primero debemos haber asistido personalmente a la “Escuela de vida” de Jesús. Debemos haber desarrollado una intimidad con él, haberle permitido instruirnos, formarnos y moldearnos para que realmente pueda enviar a sus discípulos.

Esta solemnidad de Cristo Rey nos hace tomar conciencia de que hemos sido creados por Dios para ser sus hijos, para ser arrastrados a la vida misma de la Trinidad y disfrutar de la felicidad eterna. Pero esa felicidad ha sido destruida por el pecado. Para restaurarnos, Dios ha enviado a su hijo Jesús a nuestro mundo para que sea nuestro Salvador. En él fuimos liberados del pecado y llamados a entrar en nuestra herencia como hijos e hijas amados de Dios.

Al celebrar el reinado de Jesús, imploramos su soberanía sobre nosotros y sobre nuestro mundo. Cuando hablamos a menudo de un reino, pensamos en un monarca que reina en un territorio, que tiene pueblo sometido a él y sobre quien ejerce su poder, que tiene un trono asignado y que tiene que defender, que tiene un poderío militar destinado a protegerlo a él, su poder y su territorio.

El reino de Jesús es de otro tipo. Obedece a otros criterios distintos a los que usamos habitualmente para determinar Monarquías, Imperios y Repúblicas. Su reino es de

naturaleza invisible, de territorio ilimitado, de poder ilimitado y de alcance eterno. El reino de Jesús no es una realidad geográfica, sino espiritual. No pretende conquistar territorios, sino el corazón de las personas para que se vuelvan a Dios.

La especificidad del Reino de Jesús se ha evidenciado en su propia vida y ministerio. A diferencia de los reyes de este mundo que corren por honor o poder; nunca buscó ocupar el primer lugar en su ministerio y vida. En lugar de mandar, fue obediente hasta la muerte en la cruz. En lugar de ser servido, sirvió a todos con sus palabras y actos. Incluso lavó los pies de sus discípulos para que ellos también hicieran lo mismo con sus semejantes. Como la gente emocionada quería hacerlo rey, huyó hasta el punto de decepcionar no solo a sus discípulos, sino también a todos los que veían en él un Mesías según las expectativas políticas judías.

El reino de Jesús no tiene nada que ver con el poder, el triunfo o el dominio humanos. Cuando la historia humana haya terminado y todos los reinos e imperios de la tierra se hayan derrumbado, todavía tenemos a Jesús. La historia ya nos ha dado una pista de esa verdad: los imperios han venido y se han ido; pero Jesús ha permanecido eterno. El Imperio Romano ha existido y se ha ido; el Imperio francés ha existido y se ha ido; el Imperio Alemán ha existido y se ha ido; el Imperio Otomano ha existido y se ha ido; el Imperio Azteca ha existido y se ha ido.

El reino de Jesús está esencialmente destinado a dar testimonio de la verdad de Dios. En el sentido bíblico, algo es verdad no solo cuando se conforma a lo real, sino cuando en su evidencia y claridad al intelecto, conduce al encuentro con Dios. En ese sentido, entendemos por qué Jesús dice que nació y fue enviado al mundo para dar testimonio de la verdad. Esa verdad es que Dios es nuestro Padre; nos ama y quiere que seamos sus hijos. Porque somos sus hijos, pertenecemos a su reino, que es el reino de su Hijo amado en quien nos hemos convertido en sus hijos e hijas.

El crecimiento de ese Reino no depende del poder humano, sino de nuestra conversión de corazones. Al dejar que la verdad del Evangelio de Jesús guíe nuestras vidas y acciones, declaramos nuestra pertenencia a su Reino. Pertenecemos al reino de Jesús cuando vivimos como él y nos ponemos al servicio de los demás para la gloria de Dios. Podemos pretender hacer cosas por Jesús, pero de nada nos servirá si no lo hacemos con él, como lo ha hecho con humildad y amor a la verdad.

Entonces, pidamos a Jesús que nos ayude a aceptar su realeza sobre nuestro corazón y nuestra vida. ¡Que él conquiste nuestros pensamientos y acciones y nos enseñe a amarlo y servirlo amándonos y sirviéndonos unos a otros! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Daniel 7: 13-14; Apocalipsis 1: 5-8; Juan 18:33b-37



Fecha de la Homilía: el 21 de Noviembre, 2021

© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20211121homilia